

za latina, iba á convertirse muy pronto en un cadalso, como por una mágia teatral, pero terrible en su realidad.

Maximiliano se sintió entonces soberano: ya no tenia encima ese Mefistófeles que se decia su aliado, y creyéndose ya emperador de veras, se lanzó á la lucha con un puñado de hombres.

Era la última ilusion del rey caballero; era su último sueño de gloria, del cual debia despertarlo el tañido de la campana de Capuchinas, tocando la rogativa de agonías, cuando marchara á ser fusilado.

Entretanto, la pobre loca de Miramar buscaba en las tranquilas aguas que rodeaban el castillo la imágen de su Max, cuyo nombre jamás pronunciaba, pero á quien veía acaso entre la nube sombría que ofuscaba su razon.

El ejército francés regresó á Francia sin recibir una ovacion ni una corona á su llegada. Fué la única espresion del rubor oficial, que no quiso se volviera á mencionar siquiera la empresa de México.

Habia concluido llena de mengua la obra mas grande del reinado de Napoleon III.

## TERCERA PARTE.

### LA REPUBLICA.

#### I.

El dia 13 de Febrero de 1867 salió Maximiliano de la capital de su imperio para la ciudad de Querétaro.

El número trece era de mal agüero para el archiduque: esa cifra venia presidiendo con sus líneas de fuego su fatal destino y fechando los dias tristemente memorables de su dolorosa historia.

A su lado, y con un alto carácter, iba Márquez. Ambos llevaban las mejores tropas que se pudieron organizar.

Pero faltaba el dinero, el nervio de la guerra como han dicho muchos, el alma del mundo, como digo yo.

¿Qué se habian hecho los once millones que ofreció el ministerio en las sesiones de Orizaba y México?

¿Adónde estaban los veinte y cinco millones que habia ofrecido el padre Fischer á nombre del partido clerical?

Todo aquel espejismo que habia logrado producir el par-



tido conservador con la bruma de su pasión, se había desvanecido á los ojos del archiduque cuando vió la realidad.

De aquellos tesoros que el confesor del rey ofreció á este, mintiéndole que poseía el *sésamo* árabe para penetrar á las cajas ocultas del clero, solo quedó un préstamo ó contribucion forzosa, que impuso el ministro de hacienda imperial, siguiendo el sistema financiero tan conocido de los gobiernos en conflicto, del uno y el dos por ciento, *ad libitum*, impuesto á los capitales. Como se vé, la idea no era nueva en el país, y tan sencilla, que recordaba la fábula del huevo de Colon. Así habian administrado ya los ministros de la reaccion, é Higinio Núñez.

En cuanto á las tropas, no han de haber inspirado grande entusiasmo á Maximiliano aquellas bandas de partidarios, vestidas de harapos de todos colores, y mandadas por cuadros de oficiales cuyos empleos habia hecho retrogradar el mismo imperio en la calificacion, y de los cuales muchos de ellos se habian envejecido sufriendo derrotas de los liberales.

El elemento extranjero era tan corto y tan mal organizado, que mas bien sirvió durante aquella campaña, tan rápida como desastrosa, como un elemento de division y discordia entre las tropas imperiales.

Los *cazadores*, de que con tanto laudo habla Kératry, ¿sabe el lector, lo que eran los cazadores?

Si me fuera posible publicar el reglamento que sirvió para su organizacion, se admirarian los hombres ilustrados y de conciencia al ver cómo entendian el respeto á la propiedad y al individuo los gefes franceses.

Encargados estos de organizar los *cazadores*, sobre el cuadro francés hicieron ingresar soldados indígenas: estos tenian que darlos los hacendados, proporcionalmente al tamaño de su finca, y respondian de su honradez, y de su fidelidad á su lera. Si desertaban, el propietario que habia ministra-

do el reemplazo tenia que dar otro, y ademas debia pagar una cantidad de dinero por el desertor y el valor del vestuario ó arma que hubiere estraviado. Y esto se realizó bajo la presion del ejército civilizador que venia á intervenirnos, y con la complicitad de un gobierno que traia por lema "*la equidad en la justicia*."

Pues bien, el que conozca el país comprenderá que era imposible llevar á cabo ese plan, y despues de estorcionar á los propietarios, se permitió á estos escluirse de aquella obligacion pagando una cantidad fija de dinero por cada reemplazo que se les asignara. Y se recurrió al fácil sistema de la leva para formar los cuerpos de cazadores.

Como es fácil comprender, no era posible obtener una buena disciplina en aquellos batallones formados con elementos tan disímbolos. Los franceses que estaban filiados en ellos, rotos los lazos de su nacionalidad en virtud de la declaracion hecha por Bazaine al partir, sentian poca estimacion hácia sus compañeros de armas. Los mexicanos no sufrían la nueva disciplina á que se les sujetaba, y humillaba su orgullo la *racon* que se les repartía en cambio del prest.

Y estos batallones eran los mejores del ejército imperial: sin embargo, á la hora del conflicto supieron batirse como leones acorralados.

Hé aquí una evaluacion delineada del poder material que quedaba al soberano al abrir aquella desesperada campaña.

---

Poco emperador debe haberse sentido en aquellos momentos el archiduque.

El partido conservador se aliaba con él como un compañero de armas, no como una masa de súbditos peleando por su Señor. Este y aquel iban á jugar en el mismo tablero, pero cada quien empeñaba su interes propio.



La posición de Maximiliano no era más respetable ante las otras naciones de lo que lo era en la que había adoptado.

Un episodio muy poco ó casi nada conocido en el país, revela muy bien la actitud de las potencias europeas respecto al imperio.

Un día, antes de que partiera el emperador para Querétaro, y con motivo sin duda de haberse sabido la derrota de San Jacinto, Lares, presidente del consejo, reunió á los ministros de las naciones de Europa para consultarles respecto á la abdicación.

¿Recuerdan mis lectores á Lares? Era un hombre de una talla regular, excesivamente delgado, blanco, y de maneras muy pausadas y lentas. Su rostro, completamente rasurado, anguloso y aplastado en su diámetro perpendicular, daba la idea de un cráneo humano sobre el cual se hubiera restirado fuertemente una piel húmeda: allí apenas se veían dos ojos pequeños, redondos y sin expresión, que se ocultaban detrás de unos lentes que no necesitaban; lentes que apenas se sostenían en una nariz problemática, invisible, sin cartílagos, y que recordaba la prominencia huesosa de una calavera.

Veletudinario, siempre arrastrando penosamente su cuerpo enfermiso y agotado por la consunción, tenía sin embargo una fuerza de voluntad que admiraba, y que traía á la memoria la eterna agonía del cardenal Montalto antes de ser Sixto V.

Lares, exhalando siempre el alma, era por su actividad y su energía una de las lumbreras del partido conservador. Si al comenzar su carrera, apareció filiado con los liberales, desde que ingresó al bando del clero, le fué leal hasta la muerte: también la reacción le abrió las puertas doradas de la ambición, brindándole con las dignidades más altas que podía desear.

Pero jamás abusó de su posición: era un hombre escesi-

vamente honrado; yo que respetaba su inteligencia y su profunda instrucción, he presenciado sus últimos momentos, y lo ví morir pobre, oscuro y casi olvidado; él, que había tenido en sus manos la suerte de un imperio, fué enterado humildemente y sin pompa en una fosa abierta en la tierra, respetando su postrera voluntad. Es que en aquel abogado que fué la honra del foro mexicano, había mucho del cartujo.

Vuelvo á mi narración.

Los ministros acreditados cerca de Maximiliano, obsequiando la invitación de Lares, concurrieron á la cita.

El funcionario imperial, con todo su artificioso candor, les espuso el objeto de aquella reunión, manifestándoles que deseaba conocer su juicio respecto á la retirada del soberano del poder.

Los diplomáticos se alarmaron al escuchar aquella imprudente interrogación.

Cuando Lares me enarró este episodio, sonreía aún al recordar los semblantes de sus interlocutores, y me los comparaba á un grupo de liebres que escucharan una detonación de fusil.

Pero era preciso contestar.

El ministro inglés fué el primero que hizo uso de la palabra: era Mr. Middleton sucesor de Scarlett, no tan hábil, pero tan hostil como este á la política francesa. Con todo su desden inglés contestó que desconocía el carácter del Sr. Lares, y que solo debía comunicarse con el ministro de relaciones exteriores.

Hoorickx, ministro belga, contestó á su vez que no le era posible emitir públicamente su juicio, pero que en una conferencia reservada lo espondría al mismo emperador, si este le hacía la honra de interpellarlo.

El ministro de Francia, que era el más embarazado en



aquella situacion, se limitó á decir que el emperador conocia bastante su modo de pensar.

Lago, el embajador de Austria, satisfizo la pregunta de Lares, diciendo pomposamente, que siendo aquella una cuestion de dignidad, solo podia decidirla el interesado.

Llegó su vez al embajador español.

D'Hericault, que tambien describe en su obra sobre el imperio esta escena cuyos detalles no sé como haya podido adquirir, dice de este ministro que era un viejo alegre que conocia á México y á los mexicanos, como á las cuentas de su rosario: esa pretension la han tenido todos los extranjeros, y este es el principal origen de sus faltas y de sus errores.

Sea lo que fuere, d'Héricault pinta el diálogo que pasó entre Lares y el diplomático con entera inesactitud, porque dá á ambos un lenguaje muy indigno de su alto carácter, y de la situacion en que se encontraban.

Hé aquí lo que realmente pasó.

—Señor, dijo á Lares, seamos francos: ¿de cuantos hombres y de cuanto dinero dispone el imperio?

—Tenemos, contestó el presidente del consejo, cuarenta mil soldados y veinte millones de pesos.

—Creo, insistió el ministro español, que el gobierno imperial sufre en estas cifras un error lamentable: si el emperador conoce sus intereses y los de este país, debe retirarse.

La reunion se disolvió.

No quedaba, pues, esperanza alguna á Maximiliano. Su honor empeñado imprudentemente en aquella lucha, era lo único que lo mantenía en el puesto.

Y aun en esto era culpable la Francia oficial, porque sin su insistencia en arrancar del trono á su aliado, este pudo haber hecho dimision del poder confesando que habia errado, y que no queria usurpar un trono contra la voluntad

nacional. En esto no habia deshonra, sino una lealtad que eleva. ¿Pero huir impulsado por los sucesores de Saligny? ¿Arrojar el cetro y el manto imperial y desertar del puesto para diluir algo la mengua de la defeccion francesa? Esto era indigno, y desde el momento en que Napoleon lo exigia, era preciso empeñarse en la empresa para no aparecer como el manequí de aquel capricho imperial.

Dias antes de partir para Querétaro, Maximiliano virtió una frase que revela el estado de irritacion de su ánimo, y el principal motivo de su decision.

—Es preciso, dijo á alguno, que yo luche, aunque tenga que sucumbir, siquiera para probar que he podido sostenerme aquí durante algunas semanas mas que la Francia.

Continuar en efecto la lucha que habian escusado los franceses, era halagador.

Bajo estos auspicios se lanzaba el emperador á la pelea, solo, con partidarios que mas combatian por su causa propia que por la del imperio, sin apoyo en el exterior, y rodeado por el desaliento y la defeccion. Recuérdese que en la última junta del dia 14 de Enero de 1867, los obispos presentes habian declarado que su carácter sacerdotal no les permitia emitir su juicio en un negocio en el cual iba á derramarse sangre.—Si no estuviera tan repetido el *risum teneatis* de Horacio, yo lo repetiria ahora con toda oportunidad.

Pero ya he disertado bastante: torno, pues, á mi narracion.

A tres leguas y media de la capital, en la Lechería, apenas encontró Maximiliano la primera guerrilla: apesar de sus cinco mil hombres mandados por el terrible Márquez, cien caballos atacaron la vanguardia del ejército imperial.

Maximiliano no solo estuvo sereno en medio del fuego,



sino que se lanzó sobre el enemigo: este se retiró despues de sostener por algunas horas el vigor de la escaramuza, sin pérdida de importancia, y en buen orden.

En Calpulalpam se repitió la escena: dos veces los guerrilleros se arrojaron sobre los flancos del ejército. Es cierto que tambien se retiraron, pero aquello debió haber hecho meditar al emperador, porque indicaba que se respetaban muy poco sus tropas: las guerrillas no podian tener la pretension de derrotar á aquel ejército, solo querian hostilizarlo, y á pesar de su inmensa superioridad numérica, iban á desafiario: esto hablaba muy alto acerca de la moralidad de unos y otros.

El dia 17 de Febrero llegaron las fuerzas á San Juan del Rio: allí espidió Maximiliano su célebre manifiesto, haciendo saber al país, que en virtud de su postrera determinacion, se ponía al frente de su ejército. Se detuvo dos dias, y el 19 hizo su entrada solemne á Querétaro.

Cuantos me han precedido en este camino contando como yo la historia del imperio, han hablado del entusiasmo con que fué recibido Maximiliano en Querétaro. El hecho no vale la pena de rectificarse. Me limitaré solo á decir que no es cierto: en una poblacion tan corta como aquella, la recepcion oficial era bastante para llenar sus calles con el entusiasmo de orden suprema, sobre todo, cuando allí se habian aglomerado las tropas suficientes para formar la valla y la columna de honor. El pueblo siempre concurre con curiosidad á aquellos actos, y no falta un sacristan que eche al vuelo las campanas, y encienda el altar para el *Te-Deum*, por mas que el clero se negaba á tomar parte en aquel asunto en el que iba á haber sangre. Pero esto no es el entusiasmo en toda su espontaneidad.

Recuérdese sobre todo, que la mayoría de la poblacion de Querétaro, es enteramente clerical, y no podia por tanto recibir con aplauso al rey excomulgado, por haber pues-

to en todo su vigor las leyes de reforma. Allí no se olvidaba como habia tratado al clero en su primer viaje, y como habia conminado al obispo Gárate para que fuera á su diócesis.

Esto esplica por qué desde el principio tuvo en Querétaro muy pocos partidarios el imperio, y estos estaban en aquellos momentos bastante recelosos del resultado de la campaña: allí se podia ver ya con mas claridad que en medio de las pompas de la corte.

Lleguemos á Querétaro juntamente con el archiduque.

---

La alta mesa de la República va descendiendo lentamente conforme se avanza al Oeste.

Desde la altura de Arroyozarco, el declive va siendo mas pronunciado, y violentamente la montaña se rompe casi á pico, levantando su flanco erizado de abismos sobre un valle fuertemente accidentado, rocalloso, vestido de una vegetacion tropical, y regado por aguas purísimas que descenden por su pendiente desde los cerros inmediatos.

En el último plano inclinado de aquella série de montañas, está recostada la ciudad.

Querétaro, con sus infinitos templos agrupados en primoroso desorden, con sus edificios y sus cúpulas bizantinas, destacándose entre sus árboles siempre verdes, parece una ciudad árabe al viajero que la contempla desde su Cuesta China.

Su admirable acueducto romano, conforme se descende el zig-zag del camino, parece unas veces que ciñe á la ciudad como un cinturon de encaje, y otras se asemeja á una estola de punto que la indolente sultana hubiera dejado tendida en el suelo.

La perspectiva es sorprendente. Sobre aquella arquería, sobre aquellos templos, unos góticos, otros con sus campa-



narios trozados, y otros levantando sus esbeltas torres castellanas con agujas de piedra; sobre aquella ciudad calada como una hoja de marfil chino, un cielo diáfano, un cielo azul y tibio como el cielo de Nápoles.

Y por todas partes el agua corriendo con sus ondas color de acero sobre un suelo vestido, como la isla de Calipso, con una eterna primavera.

En aquel cuadro tan risueño iba á representarse un drama terrible.

Esto me obliga á llevar á mi lector por el circuito de la ciudad para que la conozca toda entera.

Al Oriente de Querétaro desembocan dos caminos: uno tallado en la montaña, que se llama la Cuesta China: el otro encajonado en una cañada y que se oculta entre las rocas y los árboles. Sigamos el primero, que el segundo lo describiremos despues.

Acabando de descender la rápida y vertiginosa pendiente de la cuesta se cruza la garita, y se sigue despues una vereda abierta al pié de un pedregal, adonde crece un número prodigioso de cactus y de aloes como si fuera aquella una tierra asiática. A la izquierda, el pedregal se levanta mas y mas en anfiteatro, formando al fin un mamelon de rocas, aplastado fuertemente en su vértice, que queda hecha una pequeña planicie: al borde de esta está el Camposanto prolongado por una pared, hasta confundirse en los muros de un templo. Es la Cruz.

Acabando de subir por aquel camino pedregoso é intransitable como si jamás lo hubiera pisado planta humana, se llega á la plaza de la Cruz, pequeño anfiteatro lleno de tradiciones de la época de la conquista. Entónces se llamó el cerro de *Sangremal*, y allí, sobre las ruinas del templo indio levantaron los frailes aquella austera y magnífica cartuja adonde pasó sus últimas horas de libertad Maximiliano de Austria.

Frente á la puerta de la iglesia se levanta la Cruz de la Aparicion, cruz gigantesca y monumental que la mano del monge rodeó con espléndidas palmas árabes, para que le dieran sombra con sus abanicos de esmeralda, y que el indio va á adornar en su culto idolátrico con festones de tul y con guirnaldas de dalias silvestres.

La guerra ha borrado ese manuscrito tradicional de piedra levantando allí sus toscas trincheras de adobe, y desgarrando los muros del claustro y los calados de la cúpula con las balas de sus cañones.

Hácia el Poniente del templo se vé una cuña de cantería que se abre en dos calles divergentes: es la ciudad que desciende en una fuerte ondulacion para subir despues siguiendo la elevacion de la superficie.

Al costado Sur del convento, y perdidas entre los órganos del pedregal, hay infinitas chozas, adonde se abrigan los últimos restos de la raza conquistada, la que conserva aún sus tradiciones religiosas, mezclándolas con la nueva secta, y el idioma y las costumbres de sus aborígenes. Entre esas chozas está la pequeña iglesia de San Francisquito.

Enfrente, un llano siempre cubierto con el verde tapiz de sus sembrados, y que sube en una inmensa rampa hasta la falda del cerro del Cimatario.

La orilla de la ciudad va prolongándose con su Alameda estensa y bellísima, pero inculta y sombría como una selva del desierto; ya al Poniente, está la Casa Blanca, pequeña finca de campo levantada sobre una leve eminencia, y que forma el ángulo de aquel paralelógramo: su lado Occidental se prolonga casi recto hasta ir á perderse en el Cerro de las Campanas.

Si se sigue el camino de la Cañada el paisaje es distinto: se creeria ver un cuadro flamenco de fuertes tintas azules, verdes y rojas.

La senda ondulada como una vívora de agua, está enca-



jonada entre la montaña y el río, primero, después se pierde en la profunda grieta del cerro, y de allí sale al fin á una ancha calzada bordada á sus dos orillas por una espesa arboleda, y abierta entre mil jardines donde la yedra viste con sus flexibles guías las copas de los naranjos, los limoneros y los manzanos, confundiendo sus campánulas azules con los dorados frutos que penden de sus ramos. La calzada sube en una fuerte curva por una rampa que llega á las calles de la ciudad. Dejemos esta á la izquierda, y recorramos sus orillas. Estas, formadas por los barrios mas pobres de la ciudad, siguen la márgen del río, que corre al Norte, yendo á perderse al Poniente, mientras que aquel lado del paralelogramo va también á morir al Cerro de las Campanas.

Allí está ese cerro memorable, como un túmulo indio que el tiempo hubiera cubierto con su liquen y su musgo. Aislado y pequeño, se comunica con la ciudad por una rampa muy suave, mientras que por el lado que ve al campo está cortado á pico, y es casi inaccesible con sus rocas unidas á la montaña por una sola de sus caras, y que ciñen su cima como una almena destruida, ó como una diadema rota.

Frente al cerro de las Campanas, y solo separados por el lecho del río y una banda estrecha adonde se ha fundado el pueblo de San Sebastian, se levantan los cerros de la Cruz, San Gregorio, San Pablo y la Trinidad, que prolongándose al Oriente, van á unirse con la montaña de donde parte el acueducto, y con la Cuesta China.

Hé aquí la decoracion donde iba á representar el imperio su última tragedia.

En esa ciudad hizo alto Maximiliano.

Allí comenzó á organizar su ejército reuniendo las tropas de Márquez con las de Mejía y Castillo.

El día 23 de Febrero al medio día entraron á la ciudad las tropas de Mendez, que habian abandonado á Michoacan

para reunirse con el emperador: su presencia causó profunda amargura en la ciudad, porque recordó el fusilamiento de Arteaga.

Dejemos á Maximiliano pasando revistas y discutiendo planes de campaña con sus generales viejos, los que le prometian repetir por él aquellas fáciles victorias de la guerra de reforma: olvidaban el gran desastre de Calpulalpan.

Dejemos á los imperialistas hacerse las últimas ilusiones al ver reunidas las mejores espadas del ejército clerical, sin atender cuánto habian cambiado los tiempos, y tornemos la vista á la República.